

MI TIERRA NATAL

ROMÁN IZQUIERDO BELTRÁN

La luz vespéral de este horizonte
evoca mi tierra rural de maizales
y las llanuras detrás de ese monte
coronadas están por los trigales.

Olor de malva y manzanilla siento.
Salvo a la abeja aterida de frío...
se mesen los árboles al viento...
Cuelga la tórtola su tristeza al río.

Abiertos los ojos a la luz primera
admiro la danza del colibrí ligero
elogio el fulgor de primavera
la suerte del gorrión y del jilguero.

La lagartija en el cerco de lajas
gozando del sol si éste no mengua
me devora con sus grandes gafas
luego huye sacándome la lengua.

Los maizales, las habas, el pimiento
los fréjoles, la cebada y el trigo
con sus tallos jugando al viento
pronto estarán en la troje reunidos.

Allá, en el chaparro, mis colmenas
construyendo blanquísimos panales
repletos de miel, cual alacenas
de néctar y aminos especiales.

Bueyes y caballos en la era
trillando el trigo y la cebada
sembrados del valle a la ladera
y por diez peones cosechada.

Gráciles horas de segar pasamos
todos alegres, todos muy risueños
haciendo la dicha con las manos
transidas de rigurosos empeños.

El sudor en la frente de mi padre
contagiaba el empeño sin remanso,
la tenaz abnegación de mi madre
jamás bajó ni conoció el descanso.

No muere la memoria de mi tierra
semillero de amor y de ternura
donde mi corazón late y se aferra
como hice con mi madre pura.

Nunca gozó mejor mi infancia
en colores, sabores y paisajes;
del néctar floral y su fragancia
siento aún sus idílicos visajes.

Mi tierra natal es tierra pura
tiene un respiro de luz esmerilada
sin torrentes, solo galas de llanura
y un tono de delirio en la quebrada.

Todo es paz en esta verde “Playa”
tejida de kikuyo y de silencio
que nunca se turba ni desmaya
en ofrecer heno, forraje y pienso.

El bosque vital, desde su entraña,
hunde sus copas en el azul cielo,
se hace nube fluvial en la montaña
y vierte verde vida para el suelo.

La arboleda que ribetea al río
no para de crecer un solo instante
toma el agua a pesar del frío
con aire de hermandad elegante.

Muriendo están, sin duda alguna,
los capulíes de mi infancia;
nadie por pena o casual fortuna
siembra un árbol con prestancia.

El tiempo atroz envenenó su vida
otros quedan heridos por el rayo
sufriendo solos una honda herida,
lánguidos y al borde del desmayo.

Los jilgueros, ornando al arbusto,
rinden al nabo musical tributo,
piensan que es leal y lo más justo
agradecer por tanta flor y fruto.

Las ranitas son las más sencillas
Escondidas, la lluvia anuncian,
su croar apresta a las semillas
que en coro a la sequía renuncian.

En el llano, los caballos grandes,
dejando el pasto en tierra viva;
saltarían más alto que los Andes
si tuvieran la fuerza de una hormiga.

El saltamontes, cual paja preñada,
es cien veces menos que su salto;
gran misterio, que esa paja planada
salte y salte, sin músculos, tan alto.

La llanura, quieta, se remansa
en el verde nutrido del kikuyo
que en invierno crece y avanza
a desorientar, noche, al kokuyo.

El burro manso, de carga, sufría
viendo enjambrar a la colmena
que en vuelos concéntricos, bravía,
va cediendo la miel de su faena.

Cómo crecen los nabos camperos
cargados de mil melíferas flores,
tarima musical de los jilgueros
con garganta volátil de tenores.

Horas, espera al colibrí mi gato
que acuda a libar en flores rojas;
horas en actitud de feroz recato...
cansado a la sombra de las hojas.

Campo natal de plantas humildes
sin nombre unas, otras sin destinos
todas brindan tributos increíbles
al paisaje, bordeando los caminos.

Ellas también, con garbo nativo,
igual que la humilde yerbabuena
y el hinojo, tan bueno y curativo,
se perdieron en mi campo, qué pena.

De árboles, mis primeros puentes,

o del sauce encorvado al otro lado
unía las riberas de las fuentes
que cruzaban culebreando el prado.

Los viejos caminos de mi infancia
se han cerrado a cien destinos;
por ellos yo acertaba la distancia
unida hoy por recientes caminos.

Cuando crece feraz la sementera
de maíz con fréjol, trigo y arvejas
se desata el verdor de primavera
que romperán las trojes ya añejas.

En Agosto el halcón, desde lo alto,
otea al ratón y al pajarito...
De pronto, ágil, ¡veloz el asalto!
en sus garras va llevando al pollito.

Las tórtolas, mirlos y gorriones
las zurumbelas y chugos canoros
se unen, con sus propios sonos,
a las cigarras en himnos sonoros.

Más aves trinadoras... el chirrote
en picada derrochaba el canto,
ahora ya no hay quién alborote
la tromba silenciosa del campo.

La tórtola, perdida en el ramaje
como escapando al viento umbrío,
con la tristeza gris de su plumaje
cuelga del pico su alarido al río.

Llegan raudas las grandes golondrinas
revolando en círculos sin cansancio;
el gallo grande advierte a sus gallinas
con un “quiirr” que rompe el silencio.

Mi niñez nunca supo de reposo
en la amplitud de estas praderas,
volaba con mis piernas, sudoroso,
por el llano y reptando por laderas.

Andaba y desandaba los caminos,
iba por golosinas a la tienda,
conversaba con los atentos vecinos;
y me sentía capataz de hacienda.

Yo amo a mi tierra a mi manera
al son de mi constante latido;
si no pude medrar en esta tierra
fui llevándola a vivir conmigo.

Mi amor a esta tierra querida
en mi mente y corazón palpita;
mi copa tiene una doble medida
para brindar cuando voy de visita.

Aquí, cuando el arcoíris se impone
festeja el triunfo que él encierra;
su iridiscente temblor me propone
temblar de amor... por esta tierra.